



EL PORVENIR DE UNA ILUSION. DEL ABANDONO A LA SIGNIFICACION*

Liliana Edith Alvarez**

“Si alguien me hubiese dicho que la ausencia del otro me haría dudar de la existencia,
cómo me habría burlado.

Existir... existir: ¿qué quiere decir eso?

Quiere decir estar afuera, sister ex”.

Viernes o los limbos del Pacífico

Michel Tournier

Resumen

El presente trabajo presenta algunas reflexiones acerca de lo escuchado en referencia a la situación de desvalimiento anímico en un dispositivo grupal de orientación psicológica correspondiente a un programa institucional llamado “Pre-egreso”, elaborado por una comunidad religiosa vinculada con la Dirección de Menores. Se trabaja la problemática de la existencia en adolescentes mujeres que han sufrido situaciones de abandono, por las cuales fueron tempranamente institucionalizadas, y los avatares de la resolución de la misma. Se conceptualizan los efectos del desvalimiento temprano, por los que estas jóvenes están inmersas en una vincularidad tóxica.

Se describen las estrategias de abordaje centrándose específicamente en la problemática de las violencias por omisión. Se puntúan diferencias entre las violencias por acción y por omisión: tipos de distancia psíquica y lenguajes del erotismo, y la problemática de la existencia que deviene de las situaciones de abandono temprano. Asimismo, en la viñeta clínica se recortan expresiones utilizadas por las jóvenes que dan cuenta del llamado a la madre; del exceso; de la autosupresión rabiosa; de la supuesta vitalidad atribuida al ausente, ubicado como un déspota loco que da o quita el ser.

Se recorre el camino seguido por las adolescentes, tomando el dispositivo grupal como espacio de subjetivación. Se describe el trabajo desde el cual la trama intersubjetiva dio lugar a las inscripciones del otro en tanto presencia simbólica, instaurándose posibilidades de significación.

* Este artículo sigue las líneas trazadas con Dolores Lojo, a quien le agradezco sus ideas, su colaboración y su afecto.

** Directora de la Carrera de Especialización en Psicología Forense de UCES. E-mail: lialvarez@datamarkets.com.ar



Palabras clave: *desvalimiento anímico, violencias por acción, violencias por omisión, existencia, intimidación, intimidación, trauma por abandono, objeto transicional, transicionalidad, claudicación del sentimiento de sí, excesos de presencia y excesos de ausencia.*

Summary

This paper presents some ideas about a situation in a group dispositive (mechanism) of psychological orientation. This dispositive was part of an institutional program called "Pre-egreso". It deals with the existential problematic and its resolution in young girls who have been abandoned, and for this reason, have been put into an institution. On the other hand, it describes which effects cause the helplessness in these girls.

It describes strategies of work, focusing on the problematic of "omission violence". It also shows the differences between action violence and omission violence: the problematic of existence, which is the consequence of an early stage of abandon. In the clinic paragraph, some of the young girls' expressions are shown, which reveal a call to the mother, the excess, the vitality assigned to the absent, characterized as a supposed crazy person who gives or takes the existence.

This article also describes the way these young girls' lifestyle, considering the group mechanism as a space of subjectivity. It explains the work from which the intersubjectivity gave place to the inscriptions of the other considered as symbolic presence, providing meaningful possibilities.

Key words: *anomic helplessness, action violence, omission violence, existence, intimacy, trauma of abandon, transitional object, presence excess and absence excess.*

Introducción

El presente trabajo recorrerá algunas reflexiones acerca de lo escuchado en referencia a la situación de desvalimiento anímico en un dispositivo grupal de orientación psicológica correspondiente a un programa institucional llamado "Pre-egreso", elaborado por una comunidad religiosa vinculada con la Dirección de Menores.

Dicho grupo posee la marca de que sus integrantes son adolescentes que conviven en un internado y de que la enunciación de la demanda de tratamiento es formulada por las responsables del programa.

Estas jóvenes fueron internadas en su niñez por abandono primario de sus padres; los que por condiciones de pobreza extrema o afecciones psíquicas severas no pudieron



ejercer la función de sostén parental. Sus historias se tejen en situaciones de profundo desamparo psicosocial y desvalimiento anímico. Su vida transcurrirá así por instituciones de minoridad (la misma o diferentes, pero siempre vinculadas con la falta de apuntalamiento familiar, hasta que a los 21 años el Estado retire el soporte y se produzca su egreso).

Algunas de ellas ingresarán, previo a esta situación a programas de pre-egreso.

La reconstrucción de sus historias muestra que, al ser internadas, pasaron de su estructura familiar al internado, en el que cotidianeidad, valores, creencias e ideales difieren. Por lo tanto, debieron hacer una serie de difíciles adaptaciones desde su estructura familiar al internado y desde este al egreso.

Pre-egreso. La marca de un nombre

La topografía institucional habla por sí misma. Son tres pisos. En el primero está el internado (las abandonadas); en el segundo, el grupo de pre-egreso (el porvenir de una ilusión); en el tercero, el pensionado, el grupo de las jóvenes universitarias que ocupan para las internadas el lugar de ideal de sostén: tienen familia, novios y poder adquisitivo.

El tercer piso es un lugar al cual no se puede acceder...

El pre-egreso, desde lo instituido, es una experiencia de un año de duración con características de mayor libertad y autonomía que las del internado, tendiente a un “entrenamiento” para el egreso definitivo. Pero este egreso, a veces, no llegará a ser tal ya que muchas jóvenes seguirán viviendo con las religiosas. Nada ni nadie las alojará en el exterior peligroso y deseado... Otras repetirán situaciones de pareja en las que dominan las prácticas violentas, se sucederán situaciones de embarazo en estado de desamparo que llevarán a la entrega de sus hijos, sufrirán el abandono de sus parejas. “¿Qué hacer frente a esto? se formulan las religiosas.

Parafraseando a René Käes, “considerado como puesta en escena de fantasías, el grupo es el sueño de la institución, cuyo relato se elabora en mito y en ideología”. ¿Cuál es el sueño institucional?

¿Qué es para el imaginario social institucional ser una “menor internada”? ¿Cómo se juega la nominación en cada una de ellas y en cada uno de los estamentos institucionales? ¿Qué acontece cuando dejan de serlo?

Cuando se me propuso desde la comunidad religiosa “el apoyo psicológico para estas menores” (y léase menores y no niñas), la demanda institucional, la no demanda de las jóvenes, mi posible inserción institucional en esa hermandad de mujeres ¿con hábito? y de jóvenes con otros hábitos, me hice la pregunta: ¿Qué podré hacer? Unas me pedían clases acerca de educación sexual, puericultura, crisis adolescente en un afán pedagogizante de que alguien que sabe enseñe... ¿qué? Las otras no pedían nada... o todo: querían salir... ¿sabían de qué? ...¿sabían a qué?

Unas y otras en realidad pedían un discurso estructurante.

La propuesta es amplia y las dificultades son muchas

¿Qué se juega en el nombre pre-egreso? La transmisión de la propuesta hecha por las religiosas bajo el nombre “pre-egreso” lleva a reflexionar. El programa de pre-egreso ocupa un lugar y desempeña una función en la institución. Sus objetivos generales y específicos están claramente trazados.

Por lo tanto, este grupo de orientación psicológica, programa dentro de un programa, ligado pero diferenciado de la institución, soportará la marca de las fantasías, proyectos e ideales explícitos e implícitos de la misma. La referencia al tercero institucional es pregnante. Pero también deberá de habérselas con lo que implica trabajar con situaciones de profundo desamparo psicosocial y desvalimiento anímico.

Se abre así un abanico de interrogantes acerca de lo que implica el pre-egreso; para la coordinación, para las adolescentes y para la institución.

La institución retirará el soporte y esto, en función de su historia previa, se convierte para las jóvenes en una expulsión: revivir “el haber sido expulsadas” del grupo familiar y más específicamente de la madre.

En algún punto el nombre indica para las jóvenes que una separación ha de advenir y que todo un trabajo psíquico previo ha de efectuarse para que no se produzca una catástrofe anímica que las reenvíe a la situación traumática de abandono sin espacio para la significación.

El egreso se presenta como la gran promesa, el porvenir. Lo advenir: tramitación de duelos, despedidas y nuevos alojamientos posibles, pero al mismo tiempo el gran peligro (corte, rotura, salto al vacío). Egresar: momento peligroso que reedita el trauma.



Egresar implica elaborar la situación anterior por la cual ingresaron y la posibilidad de alojamiento en el exterior al claustro materno. Hay una insistencia en referirse al momento de la salida, y la salida es prácticamente muerte: es imposible sobrevivir fuera de la institución. Es imposible sobrevivir sin asistencia corporal del otro cuerpo (Maldavsky, comunicación personal).

No es un separarse de la madre por mediación paterna. No es un corte que instaura legalidad, sino más bien en función del estado de desvalimiento anímico, desgarró, herida, expulsión de la madre y envío al vacío. ¿Qué marca quedará de ellas en la institución cuando egresan? ¿Qué pasará con su lugar?

En las entrevistas con las religiosas se desgranará el conflicto de ambivalencia en su relación con la salida de las adolescentes de la institución en donde algo de la especularidad se pone en juego. Ellas mismas son “extranjeras”, dejaron a sus familias, a su madre patria, ellas también saben de migraciones, de extranjerías de ajenidades y egresos. ¿Podrán desprenderse de sus “hijas”? Las religiosas son también intercambiables: se van unas y vienen otras. Tienen una alta idealización del contenido nutricional-institucional y ahora la institución en vez de comportarse como madre incondicional retira el soporte. El cambio de contrato las enfrenta con sus propios sentimientos de desvalimiento desmentido, con su propia problemática en relación con la maternidad, la sexualidad. Pareciera que las religiosas se resisten a entregar su producto. En el tránsito social que implica el egreso para unas y para otras pareciera repetirse el trauma.

Hubo que establecer un encuadre. Era consciente de la eficacia del contrato como introductor de legalidad. No habrá charlas, no habrá enseñanza, habrá un espacio grupal exterior a la institución en que las jóvenes puedan pensar y pensarse, fuera del interior institución.

El planteo de un espacio sin afán pedagógico asombra. El de pago de honorarios (¡¡simbólicos!!) desconcierta y molesta a unas y a otras. “¿No las atienden por amor?” interrogarán las religiosas. “¿Es que acaso no nos atienden por amor?”, se interrogarán las jóvenes traduciendo la pregunta, la marca de la expresión de la corriente melancólica (ser mendigas de amor).

Se propone que asistan a un grupo externo a la institución en horarios vespertinos de la tarde. Esto es inicialmente resistido. La paradoja institucional: propiciar la salida y, al mismo tiempo, no poder tolerarla.

Se firma el contrato. El trabajo grupal con las adolescentes consistió en un transitar, un tramitar por las vicisitudes de las distintas puestas en escena de la situación fundante de

abandono, arribándose a una aproximación de despedida. Ante el corte, que opere un corte. Que algo de la función paterna se ponga en juego.

Existencia. Historias, causas, causalidades

Se presentan como una causa del juzgado: “Padre, no tengo”, “Mamá me dejó”, “Lo de mis padres está en los papeles”... contestarán a la pregunta acerca de la familia. En sus relatos no hay registro de la historia. Aparecen datos fragmentarios familiares en un clima atemporal en el que no se recorta el antes y ni el después. Sin embargo, apelan a la causa judicial como memoria: hay un registro de la historia infantil en las causas judiciales. Allí hay inscripción: ¿cómo recuperar entramados, cómo ligar todo lo deshilvanado?

En algunas sesiones dominaba el sentimiento de futilidad: transformaban la situación traumática en una cuestión formal, en un “como si”.

Se presentan bajo el emblema de la madurez, apareciendo esta premadurez como una huida defensiva ante conflictivas arcaicas. La pseudo madurez, en un intento de explicar lo inexplicable del dolor que no cesaba de drenar, les servía para lograr una precaria adaptación al contexto para sobrevivir. No se presentaban como transgresoras sino como rebeldes. Sus transgresiones al encuadre institucional son una apuesta a ser escuchadas. Rebeldía es, entonces, una forma de hacerse notar diferente de la trasgresión. No hablan desde una posición desafiante, sino que ejercen fuertemente un acto de presencia. No se trasgreden las normas, se señala la injusticia de no ser amada. Habrá que habérselas con el sentimiento de injusticia, ante múltiples despojos y abusos de poder padecidos, con el afán de venganza, con la humillación, los afectos ligados al hecho de que la distribución de los bienes en el mundo no ha sido equitativa para ellas (Maldavsky, comunicación personal).

Es que al decir de Fernández (1996): “No pudieron calcular el enojo del otro dentro del límite del amor; por lo tanto, se lanzan sin autoestima a la prueba de realidad” y “les está menos vedada la risa que el reconocimiento del peligro, por lo que a veces no hay funciones anticipatorias de la angustia. Aparecen dificultades para anticiparse a la situación riesgosa y esta es en referencia a los cuidados maternos y a la posibilidad de prever la posibilidad de castigo, y esta es una referencia a la función del padre”.

Así, a partir de la escasa información disponible, se reconstruyeron en las historias infantiles situaciones crónicas de desamparo y perplejidad asociadas con la conducta incongruente de las figuras parentales. Padres desconocidos, madres que no aseguraron funciones de *holding* ni espejo (al decir de Winnicott), activamente abandonantes, o



con vacilaciones en el estar. Figuras parentales con presencias muy fuertes en cuanto ausentes, o en cuanto a su acción directa en el cuerpo, a través de las marcas de los castigos corporales.

Circulaban temores grupales con respecto al secreto profesional y la confidencialidad, es decir que se deslizara institucionalmente lo que se trabaja en el grupo. Sin embargo, lo que producía temor era la intimidad: lo íntimo y lo privado más que la circulación de información. La pregunta es acerca de dónde van sus palabras y si se respeta su intimidad. ¿Qué queda de ellas en el grupo familiar? ¿Qué quedó de ellas en la mente del otro? ¿Mi presencia o ausencia modifica la existencia para otros? (Bonder, G., comunicación personal).

Sienten no estar inscritas en el deseo de alguien. Así, en la clínica grupal resonaba una pregunta: ¿Qué garantía tengo de que mi existencia cuente para otros? ¿Existo para otros? ¿Mi presencia o ausencia modifica la existencia de los otros? ¿Quién pregunta por mí? ¿Quién me tiene en su mente? ¿En qué deseo existo?

Toda la dramática del ser se jugará en el anhelo de ser para otro. Estas jóvenes, ante una separación precoz de la madre, han tenido que constituir un objeto a través de la fraternidad. Dos hermandades: la de las adolescentes y las religiosas.

Tal vez una primera respuesta acuciante para su pregunta “¿para quién existo?” sea que existen para las religiosas, para las que también son garantes de existencia. Las necesitan como desamparadas para poder ejercer su función.

El terror a la intimidad irá cediendo ante el acotamiento del todo: la propuesta no es la asociación libre “traigan todo lo que se les ocurra”, sino la intimidad posible, la intimidad imposible, los deseos y temores. Desde un primer momento circuló la relación entre intimidad e intimidación, en relación con la falta de apuntalamiento familiar y el exceso de presencia institucional sofocadora de la intimidad. Entre abandono e interior vivido como un vacío peligroso. Entre el deseo y el temor de conocerse-reconocerse por no haber sido reconocidas por otro primordial”. ¿Existen en algún lugar, aunque sea en los papeles...? ¿Dónde están inscritas? Así necesitaban buscar en las causas judiciales una certificación de que hay un nombre, como marca de un deseo, y un apellido, como inscripción en una genealogía.

Al trabajar, el peso que tienen las ausencias para el grupo, que alguien esté o no será referido a la propia existencia y a la particular forma de existir del grupo familiar. Por su fragilidad narcisista, quedaban con mayor exposición a la dependencia de objeto. En

algunas la esclavitud amorosa será un modo de existir. Como efecto del procesamiento defensivo patógeno de la desmentida de la pérdida de objeto establecían vínculos en las que quedaban expuestas a los vaivenes afectivos de los otros, sometidas a estados afectivos ajenos, colocándose en la posición de sombra de un sujeto (Maldavsky, 1999).

¿Qué tipo de distancia psíquica toleran estas jóvenes? Algunas pretenderán penetrar bajo la piel del otro, que la proximidad sea máxima, como expresión del lenguaje de la pulsión del erotismo intracorporal. Otras requerirán una distancia íntima, piel a piel como expresión del lenguaje del erotismo sádico-oral (Maldavsky, 1999). Otras necesitarán la mayor distancia posible del objeto.

En el grupo se escenifican las distintas posiciones ante el abandono. Juana con su sobreadaptación; Ana, la puerilidad; Mercedesitas, que habla en voz tan baja que no se le escucha (se traga las palabras, se queda sin voz-vos); Marcela, que no escucha; Andrea, que todo lo tiene; Zulma, a quien siempre la ronda la muerte; Vanesa, que no duerme de noche y circula por las habitaciones como un vampiro; Rosita, el *Pacman* que come todo lo que las demás desechan.

Desvalimiento anímico: del ser y la existencia

Así, se asistió a una particular manera de funcionamiento en este grupo en el que no se registraban ausencias ni presencias nuevas, los miembros eran intercambiables, los horarios de reunión no se respetaban. Apariciones y desapariciones fugaces se sucedían sin que fueran tomadas en cuenta por los otros miembros del grupo. Es que necesitan tanto al otro como garante de ser, que como eficacia del drenaje narcisístico lo ignoraban. Se entablaban vínculos de amistad basados más en criterios de contigüidad espacio-temporal que de analogías. Desde la herida narcisista se comportaban como Narciso que, “ciego y sordo al amor de su semejante, resume su mundo exterior a lo limitado de su campo visual” (Hornstein, 2000). Importaba más la mera presencia del otro que sus características personales.

Traían comida. Oscilaban entre situaciones de descarga catártica a otras en las que presas del sentimiento de futilidad transformaban la situación traumática en una cuestión formal, en un “como si”, presentando al mismo tiempo un pensamiento evitativo de los recuerdos infantiles. Circulaban fantasías de ser adoptadas, de volver a nacer en otra familia.

No se registraban las ausencias, pero tampoco las presencias nuevas. Los miembros del grupo parecían ser intercambiables. Desde el lugar de la coordinación, se tenía

que señalar permanentemente quiénes venían y quiénes no. Silencios mortuorios alternaban con diálogos de un contenido de alto impacto emocional. Se asustaban y asustaban al otro con sus relatos (excitación autoerótica vía terror). En realidad aterrizaraban al otro para ver qué se hacía con el pánico. Presentaban fuertes situaciones resistenciales a la tarea y, paradójicamente, expectativas muy altas con respecto a la función del grupo y la coordinación: que se haga justicia frente a la injusticia y que se les devuelva algo de su situación infantil.

Los señalamientos eran apenas recibidos y algunas interpretaciones me eran difíciles de enunciar. Ante tanta vulnerabilidad, ¡sentía temor al efecto de mi propia palabra!

El abordaje de situaciones de abandono nos enfrenta con las preguntas más arcaicas acerca del amor, del ser, de nuestros propios fantasmas constitutivos, sentirse uno mismo un niño abandonado. Insiste en la transferencia el temor ante la vulnerabilidad del otro, asimismo como la necesidad de protegerse contra el temor a la desorganización, al ataque al pensamiento, al propio arrasamiento subjetivo que el enfrentarse con la problemática del abandono promueve.

Algunas de ellas llegaban temprano y anunciaban ruidosamente su presencia gritando en la puerta como bebés desesperados. Todo contacto las reenviaba al contacto con el sostenido perdido. Todo acercamiento las remitía a la ausencia del objeto primordial.

Lo fundante del abandono materno se inscribe así en distintos niveles de la historia: desencuentros amorosos, abandono de los propios hijos, ser un bebé desesperado. Dominaba la gama de los estados afectivos del erotismo sádico-oral: cólera y desesperación.

Desde la lógica del erotismo sádico-oral el estado de desesperación constituye una herida por la cual la libido narcisista se pierde en forma hemorrágica. Ante el empuje pulsional excesivo o la ausencia materna unida a la inexistencia de un objeto sensorial capaz de ligar la sensorialidad hipertrófica, se produce la crisis de desesperación. Si esta situación se mantiene sin que intervenga una defensa, los procesos identificatorios que determinan el sentimiento de sí resultan aniquilados, produciéndose una fijación al trauma. Una de las posibilidades de evitar dicha fijación es apelar a una proyección defensiva constituyéndose el objeto transicional. De aquí en más, el niño recurrirá a ella para mantener la desesperación en amago en toda situación que, en ausencia de la madre, requiera de consuelo (Moreira, 1994).



De allí la importancia de que estas jóvenes puedan construir un espacio transicional como fuente de amparo que asegure su pasaje hacia el exterior. Y el grupo funciona como espacio transicional.

Podría hipotetizarse que no fueron sentidas por el otro primordial provocándose déficits en el sentimiento de sí.

El lugar del modelo es el primero en surgir e implica que su presencia garantiza la existencia del propio yo (Freud, 1921). El modelo es garantía de ser: en un vínculo de ser, no de tener, se desea ser uno con el otro, supone la fusión. En el objeto investido como modelo, el yo encuentra la satisfacción de sus necesidades y, además, un sentimiento de sí (*selbsttgeful*).

Podríamos leer: “Pertenece al cuerpo de mi madre y no fui abandonada mientras fui una parte suya, no tengo otra garantía de mi existencia que la de carne de mi carne”. Este anhelo aparece en la búsqueda de haber sido deseadas, de que su existencia cuente para otro como no abandonadas.

La existencia posterior las remite al abandono materno y al deseo de la institución como niñas abandonadas para garantizar su existencia como tal. Como expresión del lenguaje del erotismo sádico-oral los integrantes del grupo buscan afanosamente el amor del líder. Las religiosas operan para ellas como el líder que distribuye entre los integrantes del grupo su amor, el que otorga un valor de reconocimiento al servicio de la conservación de la autoestima. Desde esta lógica solo hay lugar para las posiciones ligadas al ser. El abandono opera como una marca, una herida que no deja de drenar. El otro queda así ubicado como garante de ser, como garante de existencia” (Maldavsky, 1999).

Ellas, como dejadas, repiten su historia como abandonantes. Dicen “no” a todo. Es que en la constitución del narcisismo ante las respuestas excesivamente demoradas de la madre a las necesidades de los niños sobreviene la desesperación y se inscribe una experiencia de dolor que hace decir “no” a todo (Hornstein, 2000).

Así es como se instauraban lógicas grupales del todo o nada. De no pedirle nada al grupo se pasaba a pedirle todo.

Ante la situación de los traumatismos vividos y las demandas explícitas de apuntalamiento, la tentación desde la coordinación es dirigirse a operar transformaciones en



el contexto real. Sin embargo, poco a poco, fueron surgiendo bordes, lo que el grupo podía darles y lo que no: lugar del no-todo. La imposibilidad de sustituir la situación de abandono y la posibilidad de reorganizarse simbólicamente alrededor de la misma.

En la transferencia aparece el imaginario de las “menores desamparadas” como acreedoras de la realidad. Pero, de lo que se trata es de pasar del hecho al decir, de la investigación social al deseo del niño o del adolescente, “de generar espacios de transición y de seguridad”, nos dirá Doltó, la que prosigue diciendo: “Al fin y al cabo, el mejor objeto transicional es la palabra. Porque las palabras cambian todos los días, las palabras no se pierden como los otros objetos, ya que al pronunciarlas es posible intercambiarlas con los demás” (Doltó, 1988).

Poco a poco podrán ponerse en palabras las problemáticas del maltrato en general, las marcas de las llamadas violencias por exceso y por omisión, pero, por sobre todo, las heridas provocadas por estas últimas y su eficacia en los desencuentros amorosos. Pareciera que en estas jóvenes la defensa para poder quedarse en un vínculo es aletargar al objeto, pasarlo del registro de lo animado a lo inanimado: tratan de inmovilizar al otro desde la lógica del erotismo tóxico.

En la composición grupal, una de las adolescentes había matado a un hijo por asfixia: lo colocó en una bolsa de residuos, otra lo había abandonado. La madre de una de ellas había muerto en un aborto, otras madres habían desaparecido y otras los habían entregado solo a ellas y habían retenido con ellas al resto de sus hijos. El hombre aparece en el discurso de las jóvenes como **payaso, reo, croto**. Circula un objeto abandonante y ellas resuelven el trauma por inversión: ser ellas el objeto abandonante; pero también ser ellas las abandonadas una y otra vez o quedarse adheridas al objeto abandonante.

Será necesario poder tramitar la situación fundante para no ser abandonantes o nuevamente abandonadas.

En el acontecer grupal, el organizador básico es la carencia y la salida frente a la misma.

Aparecen distintos ropajes del abandono: abandonar un hijo pero también donar un hijo, expulsar a un hijo, reintegrar un hijo a la familia como forma de anular un hecho pasado, maltratar un hijo, todos ellos en relación con la madre, ¿sin mediación paterna?

La fantasía pregnant pareciera ser “matan a un niño”. Si las situaciones de maltrato físico nos remiten a “pegan a un niño”, las situaciones de abandono parecerían remitir a “matan a un niño”.



El grupo de orientación psicológica se perfila así como un lugar de apuntalamiento en el momento en que el cambio de contrato institucional las reenvía a la situación en que fue retirado el soporte. Y faltan funciones de anticipación. Fue necesario un arduo trabajo para que comenzaran a poder duelar por su lugar a la institución, por el lugar grupal, por la relación con la madre abandonante, por la relación con la madre incondicional.

Alguna viñeta clínica

Juana llega a horario. A las 21.20 llegan Zulma, Irma y Elsa. Comenzada la reunión, llega Ana. A las 21.30 comienza la reunión.

Zulma: Tengo hambre.

Irma: Somos dos.

Zulma: Hoy nos da de comer Sor Marta.

Zulma: ¡Qué silencio de ultratumba! Quizá este fin de semana nos pasó algo a todas.

Coordinadoras: ¿Qué pasó?

Zulma: Falleció la madre de una chica que está con nosotros.

Llega Ana. Da un beso a todas.

Ana: Necesito un cigarrillo para relajarme.

Zulma: Sor Marta no quiere que fumemos mucho porque viene el cáncer.

Ana: Le dije a mi patrón que era un alcahuete porque le contó a Sor Marta que fumaba como una chiva, y ¿él qué se mete? Que cuide a las hijas y no a mí. Es un alcahuete.

Irma: Un buchón.

Ana: Este año van a venir otras chicas.

Irma: Y se van a sentir mal tipo derecho de piso.



Ana, Sor Marta no va a ser nunca de ellas, es nuestra. Es el derecho de piso que hay que pagar.

Zulma: Una chica del pensionado vino y Sor Marta nos dejó con la boca abierta. “¿Por qué no viene a tomar un café con nosotros?”, dijo. Me puse a hacer la torta “80 golpes” y, al golpe 53, Sor Marta me dijo que la parase, que no hiciese ruido ya que las nuevas dormían. A mí me dolió como una patada que no venga.

Hay un reclamo de ser alimentadas, formulado a una mujer y desestimando la inclusión del hombre desde un lugar inductor de una legalidad protectora. Hay un permanente reclamo de alimento, pero el alimento es evanescente: fumar, alimentarse con humo, inversión de la pulsión de autoconservación.

Los permanentes reproches a la madre no llevan a la separación del objeto, sino al anhelo de fusión. La torta “80 golpes” marca la inscripción en el cuerpo del erotismo tóxico. Las marcas del exceso se expresan en un discurso numérico. Desde allí las palabras se escuchan como golpes.

Desde las adolescentes hay un anhelo de fusión permanente. “Tengo hambre” diría Zulma. “Somos dos”, proseguirá Irma.

Este anhelo de fusión, esta insaciabilidad libidinal, será expresado al unísono con la rival desde la lógica del apego indiscriminado.

En efecto, los celos por la rival ratifican la peculiaridad del hambre sin fin señalada en el primer reproche.

En la clínica de este grupo, escuchamos dos de los reproches típicos bajo cuya sombra se realiza la separación de la madre. Pero aquí, lejos de llevar a la separación, llevan a un anhelo de fusión, de ser uno. En este grupo, en lugar de la decepción, se mantiene un anhelo de fusión. Toda la dramática del ser se jugará en un anhelo de ser para el otro.

En la secuencia inicial se advierte el pasaje del erotismo intrasomático al oral secundario y vuelta al primero. Desde el hambre, como expresión del erotismo intrasomático a las referencias del silencio de ultratumba y la muerte de la madre de una de ellas, como problemática del dolor psíquico, hasta el entronizar nuevamente el lugar del fumar; aunque se intente frenar la vuelta a lo somático (“Fumar de cáncer”). Es

significativo el lugar que se le da al que no acuerda con esto: es un “buchón”. No pueden arribar a una legalidad paterna como límite de protección ante la autodestrucción.

En este grupo el lugar para el hombre es el de “buchón”, abriendo toda la problemática del espacio de la función paterna.

Como efectos del desvalimiento temprano, estas jóvenes están inmersas en una vincularidad tóxica. De esta dan cuenta ciertas redes de palabras: aguantar, estancarse y otras imbricadas con otras que son expresión de la corriente del erotismo sádico-oral, como: amargar, arrepentirse, disculpar, pecar, sentir, tentar, egoísmo, culpa.

Circulan innumerables lamentos, reproches y la utilización de verbos de la gama del ser: “es de no comer”, “es de tragarse las cosas”, “es de no hablar”, “es de mentir”, en donde el verbo ser caracteriza a una persona.

La utilización de algunos verbos ponen en juego la evidencia de la relación de las jóvenes con los otros tomados como cuerpos desde la adhesividad: adherirse, pegarse, estamparse, y otros darán cuenta de la relación de los cuerpos en términos de expulsión: “las echaron, la expulsaron, la suspendieron”.

Utilizan expresiones que dan cuenta de pérdida de orientación por falta de sostén (“cayó con otra causa”, “cayó en penitencia”, “siempre da vueltas sin saber dónde ir”, “gira sobre lo mismo”).

Otros aluden a afectos o a estallidos emocionales de violencia autoexpulsiva que culminan en supresión subjetiva: “me borré”, “me taché”, “me corté sola”, “me chupé”, “me mamé”.

Algunas de estas expresiones son particularmente interesantes por la literalidad del llamado a la madre: “me mamé” - mema - mamá.

Otros hacen referencia a las actividades de la ingesta desde la lógica del exceso: empacharse. Frases como “se aviva y falta”: hablan de la autosupresión rabiosa, y de la supuesta vitalidad atribuida al ausente, ubicado como un déspota loco que da o quita el ser.

En general hablan de lo que hicieron en negativo: “faltan muchas cosas”.

Trabajan en un lugar llamado “Colmena” a la que llaman “condena”. La familia para ellas tiene algo de “colmena” que aglutina y algo de condena. También necesitan ser colmadas y colmar a otro colmar como vivencia oceánica de satisfacción que retransforma rápidamente en su negativo: “¡Es el colmo!”

Excesos de presencia y excesos de ausencia

En general, hay una referencia a la clínica de las violencias diferenciando a las violencias por exceso de las violencias por omisión. Sin embargo, las violencias por ausencia desbordan en exceso de omisión. Se trata de un exceso de ausencia o de la presencia desconstitutiva de un ausente. Prefiero hablar de violencias por acción y de violencias por omisión, remarcando en ambas el carácter desbordante del exceso.

En las violencias por acción se produce un movimiento desinscriptor. La ruptura de la coraza de protección antiestímulo hace que, al romperse las barreras, el dolor arrase el entramado psíquico e impida el armado de conexiones. Violencias territoriales, cognitivas, violentamiento de ritmos biológicos quiebran las potencialidades inscriptoras. Si se habla de violencia por ausencia de estimulación, el quedar a merced de las propias sensaciones y de las exigencias internas lleva a la indiferenciación de sensaciones, a vivir en un mundo indiferenciado en el que las urgencias pulsionales devienen en catástrofes. No hay otro para asistir, no hay otro para apuntalar. Coleccionistas de traumas *a posteriori*, las situaciones les suceden sin aviso previo (Janin, 1997).

Si se habla de las violencias por acción, podríamos ubicar la fantasmática en “pegan a un niño”, mientras que en las violencias por abandono las fantasmáticas serían las de “matan a un niño”. Acá el lema es “Existir o ser aniquilado”. Como el medio ambiente falló en su función de apuntalamiento y continente de vínculos, aparecen vivencias de derrumbe, estados de terror sostenido. “Cuando el objeto deja de cumplir su papel de espejo, de continente y auxiliar de ese yo que debe devenir, pulsiones y objetos se convierten en escollos. El yo combatirá contra ese objeto no suficientemente bueno movilizándolo las pulsiones de muerte que se reactivan cuando el yo no puede ejercer su capacidad de ligadura. El refugio protector en el yo, que intenta el repliegue narcisista, ya no tendrá la misma eficacia. El narcisismo trófico será sustituido por agujeros psíquicos propios del narcisismo de muerte” (Hornstein, 2000).

Para la mujer, el hijo en las situaciones de violencia física y violencia sexual en las que el victimario es el padre constituye, en algunas ocasiones, el lugar del “objeto a salvar” (Amati, 1996) a través del cual se logra salir de la situación de violencia. Pareciera que para la madre abandonante el hijo difícilmente se constituya en un objeto vivo. Cuando se abandona a un hijo, se decreta algo de la muerte de aquello que fue



“carne de mi carne”. Por otra parte, la eficacia del abandono primario genera en el niño la muerte de la instancia desiderativa, la muerte del deseo posible hacia otro.

También podemos hablar en un intento de pensar fenoméricamente a las violencias de gradientes de desobjetivización, en las que pareciera que se va perdiendo gradualmente el lugar del otro. Hay una descualificación que va desde la violencia sexual a la física, a la situación de abandono. Se pasa así de la aparente situación de ser la elegida en la violencia sexual, a la situación de estar pegada al que pega en la violencia física, hasta llegar a la ausencia total del otro en el abandono. En la situación del abandono claramente aparece la desestimación, la abolición del sujeto desde el lugar del que debería ser el garante de ser.

En las situaciones de maltrato físico el exterior aparece como peligroso, en las situaciones de abandono podríamos hablar de que el interior aparece como peligroso (Berenstein, 2001).

Si en las situaciones de maltrato físico hay una suerte de racionalización del castigo en relación con la sanción de un rasgo, en las situaciones de abandono, pareciera que todo el sujeto está desestimado en su totalidad.

En las situaciones de maltrato físico, podemos pensar en una relación de enloquecimiento, entre un sujeto enloquecedor y un sujeto enloquecido, que pierde su capacidad de otro (Berenstein, 2001).

En las situaciones de abandono, ante la ausencia del otro, se instaura la condena de la relación con un ausente. Por lo tanto, se está inerme, indefenso, frente a los peligros exteriores y frente a la propia pulsión como un bebé indefenso. Podríamos pensar que la relación con un ausente marca la condición de ser un objeto de amor denigrado (Giberti, 1991). Porque en realidad la pregunta es: “¿Cómo ser para ser amado?”. Una resolución posible es ser amado por lo que se tiene de amable. La resolución fallida es que, como no fueron amados, la vertiente de “amable” tendrá que ver con la amabilidad y, desde allí, la sobreadaptación.

De despedidas, recuerdos y proyectos

¿Cómo poder instalar un proyecto? ¿Cómo historizar las vivencias traumáticas? Siguiendo las ideas de Gommel (1996), el psicoanálisis -a través de un trabajo de historización- desarma la idea de destino y propone, a través de la resignificación de las experiencias dolorosas, una especie de dique que impide su transmisión.



Se necesitó todo un trabajo previo para poder recordar: fueron surgiendo nombres, fechas, acontecimientos. La trama intersubjetiva dará lugar a las inscripciones. Empezaron a expresar fuertes molestias por aquellas que las hacían esperar. Se esbozó un yo para pensar la ausencia. Inicialmente aparecía en las jóvenes furia por tener que asistir al grupo, luego furia acallada referida a las que las hacían esperar. Luego, expresión de malestar frente a la ausencia. Finalmente, demandan armar un nuevo grupo de orientación psicológica una vez egresadas. Pagarán las sesiones grupales. Armarán un proyecto: fundarán con los conocimientos de cocina adquiridos en un bar. Ellas cocinarán, alimentarán, y recibirán paga por esto. El nombre del bar: “El Porvenir”. Dimensión del proyecto, arqueología de un futuro, resignificación de una situación traumática. La dimensión de la ilusión de advenir en...

En las últimas sesiones se organiza una pregunta: “Alguien que me conoce tal cual soy, ¿qué sabe de mi historia y de mi abandono?, ¿Me recuerda?, ¿Preguntan por mí cuando no estoy?, ¿Existo después, más allá del abandono?”

En este sentido, el comienzo de la última sesión es ejemplificador. Andrea expresó: “Me escribió Juana una carta y manda saludos para todas las que la recuerdan. ¿La recuerdan?”.

Bibliografía

Amati Saas, Silvia, (1996), “La modesta omnipotencia”, *Revista de Psicoanálisis*, N° 5, APA, Buenos Aires.

Berenstein, Isidoro (1980), *Psicoanálisis de la estructura familiar*, Buenos Aires, Paidós.

Berenstein, Isidoro, (2001), *El sujeto y el otro*, Buenos Aires, Paidós,

Bonder, Gloria, comunicación personal.

Dolto, Françoise (1988), *Diálogos en Québec*, Buenos Aires, Paidós.

Fernández, A., (1996), “Abandono original e infancia en riesgo”, *Revista La Nave*, abril, pág. 4 y 5.

Freud, Sigmund, (1921), “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras completas*, Volumen N° 18, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1984.



Gommel, S., (1996), “La transmisión en el contexto del psicoanálisis vincular”, *Revista de la Asociación Argentina de Psicoterapia y Psicoanálisis Grupal*.

Giberti, Eva, (1999), *Adopción y silencios*, Buenos Aires, Sudamericana.

Horstein, Luis, (2000), *Narcisimo. Autoestima, identidad, alteridad*, Buenos Aires, Paidós.

Janin, B, (1997), “Violencia y subjetividad”, *Revista de Psicoanálisis con Niños “Cuestiones de Infancia”*, Volumen 2, Número *Infancia y Violencia*,

Lemoine-Lucioni, E., (1982), *La partición de las mujeres*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Lojo, Dolores y Alvarez, Liliana, *De mujer en mujer*, inédito.

Maldavsky, David, comunicación personal.

Maldavsky, David, (1997), *Sobre las ciencias de la subjetividad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Maldavsky, David, (1999), *Lenguajes del erotismo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Maldavsky, David, (2004), *La investigación psicoanalítica del lenguaje*, Buenos Aires, Lugar Editorial.

Neves, Nilda y Asno, Alicia (1994): *Del suceder psíquico*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo: *Familia-Pareja*, Tomo XV, número 1, 1992.

Roitman, Clara Rosa, (1993): *Los caminos detenidos*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Romano, Eduardo M., (1997), *Psicopatología infantil y psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión.



Vanistendael, Stefan y Lecomte, Jacques (2002), *La felicidad es posible*, Barcelona, Gedisa Editorial.

Fecha de recepción: 30/03/06
Fecha de aceptación: 17/07/06